

## *El porvenir de la libertad*

MIGUEL ESCUDERO \*

**T**odo artículo es ocasión para tomar conciencia —siquiera sea en forma somera— de las palabras que vamos eligiendo o desechando en cada frase, en cada página. También es oportunidad para prever e imaginar sus repercusiones (por lo general, abrumadoramente mudas), en eso consiste el arte de escribir, que es el de leer. De ahí se llega a la idea de elegancia y eficacia, y también a los conceptos de *calidad de frase* y *calidad de página*, formulaciones que debemos al gran maestro Julián Marías.

¿Maestro en qué? No sólo es lo que habitualmente se denomina un ilustre académico e intelectual. Es maestro, en especial, en el arte de ser persona y de vivir con hondura como “alguien que responde de lo que ve”. Julián Marías ha entregado toda su existencia a educar *hacia* la filosofía, vista ésta como un asunto

personal; algo que es, primariamente, un decirse a sí mismo. Se trata de lo que Ortega titulaba la ciencia general del amor, y él llama “la visión responsable”.

Predica con el ejemplo y por eso usa la razón, y enseña a usarla a quien quiera escucharlo o leerlo. Y lo hace siempre con entusiasmo y generosidad, ávido de interés por cualquier realidad humana. Él ha definido la razón como “la aprehensión de la realidad en su conexión”, y por la realidad entiende “aquello con que me encuentro, y tal como lo encuentro”.

Se comprenderá, pues, que la razón de la filosofía sea alcanzar el mayor ímpetu hacia una omnimoda conexión, y que cada hombre tenga una misión de verdad; y, por ello, de valor. Se trata de reconocer que donde está mi pupila no está otra, algo que nos hace a cada uno insustituible y que reclama nuestra autenticidad. El padre Gratry, el filósofo francés que fue objeto de

\* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

su estudio doctoral, afirmó de modo radical que todo lo que un hombre ha visto es verdad (*Tout ce qu'un homme a vu est vrai*). En esa dirección, Marías se pregunta: “¿cuánto dedicamos a nuestros prójimos, a ver cómo son, a comprenderlos e interpretarlos?”; se entiende, captarlos de verdad, bien vistos. Y no es sólo que considere *provechoso* atender la realidad de nuestros prójimos, es que valora el arte de distinguir de personas como el saber vital más importante. No obstante, en general hay un sorprendente desinterés por la calidad de la propia riqueza personal, apreciada de un modo muy insuficiente. De este modo, es común que nos enmarañemos en las trampas vitales de la apariencia y la intensidad de nuestra realidad sea muy inferior a lo pretendido. Podría decirse que la misión de verdad que todo hombre tiene está asociada con la de sentirse persona y actuar como tal. Lo cual conduce, por consiguiente, a tratar a los demás seres humanos como personas y a estimularlos en esa vía (de ahí derivan, por cierto, nuestras particulares obligaciones con los animales en general).

El hombre, ha escrito el filósofo alción, es el animal que tiene una vida humana. Siguiendo su sistema —su filosofía—, el hombre es la forma real de una vida humana, es una estructura cerrada. Mi vida (la de cada cual), en cambio, es la realidad radical, una estructura abierta. Cabe decir asimismo que se es persona desde la primera realidad recibida y no se puede dejar de serlo por mucho que uno se esfuerce. Por otro lado, en cuanto estructura abierta, la vida postula la inmortalidad (la vinculación entera de la persona con todo su pasado y un futuro ilimitado) y nadie puede estar seguro de que con la muerte termine absolutamente su realidad.

Ser persona, ha sintetizado Marías, es “poder ser más”. (Harold Raley, muy bien al quite, ha apuntillado que también es “poder ser menos”.) Él asegura que con la moralidad —íntimamente ligada a la inteligencia— no se persigue el bien, sino

*lo mejor*. De este modo, es inevitablemente inmoral toda relación humana cuando se deja de considerar como personas a hombres y mujeres concretos. De ninguna manera puede ignorarse que casi nadie es íntegramente despreciable; y, por otro lado —siguiendo con palabras de nuestro filósofo—, aun esa condición es, al menos en principio, revocable y no definitiva. Además, la hostilidad tiene límites. Por de pronto, lo primero a respetar de modo inexorable es la condición humana, clave de toda realidad.

Habría que insistir también en que se piensa con la vida y no con el cerebro, algo que no se acepta con facilidad por una inercia secular. El hombre es una realidad extraña que incluye en sí misma una teoría, una interpretación. Y para entenderlo hay que recurrir a la narración; el método adecuado para rescatar su vida de la opacidad, aproximarnos a ella y hacerla inteligible. Ante la fabulosa irrealidad que introduce la condición personal, siempre acabaremos chocando con la condición de la libertad.

En busca siempre de los antepasados, recordemos que para Cervantes la libertad era “uno de los dones más preciosos que a los hombres dieron los cielos”. Ahora bien, ¿cuándo hay libertad?, se pregunta Marías. Y responde: cuando se respeta la realidad y no se suplanta por otra cosa. La libertad es posible en muchas formas, cada una con sus propios requisitos. Pero la libertad humana reclama la libertad política y social. Para Julián Marías, escritor de teoría, importa mucho “tener libertad”, pero incomparablemente más “ser libre”.

El hombre, se reitera desde Ortega, es libre a la fuerza: “No es libre de no ser libre”, es libre ante sí mismo. Por eso puede responder de sus actos y ser un responsable o un irresponsable. Cabría matizar que se es libre desde que se tiene uso de razón (una conciencia innata), y eso al margen de los innumerables

condicionamientos que acaecen en toda vida. Nuestra condición de ser persona y de ser libre admite grados de desarrollo e intensidad, de progreso y de regreso, siempre en función de nuestra búsqueda de la verdad y de nuestro rechazo de la mentira. “La verdad os hará libres” es una expresión evangélica que durará tanto como el tiempo.

No obstante, el hombre suele estar a merced de lo que se dice. Así, con frecuencia cree tener muchas libertades y, sin embargo, está en peligro de “dejar de ser libre”; es decir, de poder usarlas. ¿Pero cómo se consolida ese peligro de vivir alienado o enajenado? La mentira es nuestro gran enemigo, en especial para quienes la aceptan y la propagan. Con su contacto, la evidencia se nos torna frágil y quebradiza y nos vemos instalados en un estado de error. Sus virus nos despojan de nuestra condición. Esto nos obliga a “estar en guardia” en el respeto a la verdad. ¿Qué hacer para ello? Se hace preciso organizar la duda y el escepticismo, y decidirse a enfrentar la mentira con la realidad misma. Señala Marías que la falsedad, con sus discordias internas, es parásita de la verdad; ellas son “lo que no es verdad”. La mentira guarda en sí misma una grave inconsistencia y sólo es eficaz si es creída. Esta es la cuestión.

Podemos topar así con el mecanismo de cualquier fanatismo: la represión de toda duda razonable. En ese estado insano se acumulan las costras de la ligereza o frivolidad en las apreciaciones, del anquilosamiento de la perspectiva, el destempe, la agresividad y la irritación consentida en las actitudes.

Es interesante indicar que Hegel cifraba el carácter del hombre libre en su ausencia de envidia y en su afición por la emulación de lo excelente: “no es envidioso; reconoce gustoso a los grandes individuos y se alegra de su existencia”; esto es, se caracterizaría por admitir con gozo y

gratitud la “ampliación de capital” que le pueden reportar otras personas. Este proceder supone ciertamente una muestra de modestia, inteligencia y veracidad. Quien opta por el camino de la plena lucidez, que es el de la honradez y la madurez, se desprende de la costra acomplejada de las apariencias y repele magnificarse o vanagloriarse como un fantasmón.

El camino de la libertad es la senda de la cortesía y el civismo, del valor y las buenas maneras, de la serenidad de la mirada y la agudeza visual. Reclama combatir el abuso del poder, los engaños y la explotación de concretos seres débiles o necesitados de apoyo (todos lo somos, tarde o temprano, en un momento u otro). Exige no plegarse a consignas y promover iniciativas de comprensión, sensatez y claridad.

Para ello, y para hacer posible entenderse, importa hablar y escribir bien, con dominio y rigor, sin abandono ni dejadez. Importa, asimismo, limitar la aspereza y el gesto agrio o desdeñoso. Es conveniente, en cambio, el cultivo de la amabilidad, basada en un fondo noble y delicado y coherente, pero también fuerte y serio y perspicaz. Hay que tener presentes unos versos de García Lorca: “Duro con las espuelas y blando con las espigas”. Marías ha proclamado la importancia de poseer estas tres palabras: gravedad, holgura y sosiego. La primera para sobrellevar y sentir la seriedad de *lo real*; la segunda, que se refleja en saber decir “qué más da” ante los contratiempos y contrariedades, y seguir hacia adelante; y la tercera, que denota calma, equilibrio y dominio en el gobierno de nuestro vivir. Y las tres cualidades impregnadas de humildad, un modo de ser que enseña cómo son las cosas y por qué hay que sujetarse a ellas.

Como toda persona responsable, Marías ha buscado hacerse ejemplar sin alarde. Y ha podido decir que, gracias a Dios, se siente libre de toda corteza y ha

conservado apertura y curiosidad en su vida. Esta sólida y arraigada faceta de su personalidad, le ha facilitado sin duda hacerse viejo “sin envejecer”, siempre dispuesto a encontrar el denominador común de muchos fenómenos cuya conexión no se descubre de inmediato.

El porvenir de la libertad lo veo, pues, en la superación del mero instinto natural y en la voluntad de discurrir con sentido histórico y liberalidad, es decir, acumulando la experiencia de las vidas humanas con un modo de hacer desprendido y generoso, inclinado a dar con desinterés lo que se tiene y estima. Liberal, ha definido el propio Marías, es quien no está seguro de lo que no puede estarlo; sabe convivir con la incertidumbre. Merece señalarse que aquella palabra deriva de la latina *liber*, que es la parte interior de la corteza de los árboles de que se hacía el papel y, luego, el libro. De esa raíz proceden, entre otras, las palabras libreta, deliberar y librea (un uniforme que se entregaba a subalternos). ¿Qué significa decir que un liberal es partidario de la tolerancia?

En la vida andamos siempre urgidos a prever los verdaderos márgenes de maniobras de que disponemos; siempre estamos pendientes de márgenes de tolerancia. Esta voz procede asimismo del latín, de *toller*: sacar, levantar, quitar. Por eso, tolerar el dolor es soportarlo, aguantarlo, resistirlo, vivir como si no lo fuera todo, y sacudimos de encima la mayor parte de pesadumbre posible, siempre atenazadora. La tolerancia indica grados sobre lo que se puede o no consentir. De la tolerancia se puede abusar, como de la libertad, y así llegar al libertino, contrafigura del liberal, pero también quedarse uno tullido, es decir: impedido.

La libertad arranca en la vida privada y no debe detenerse en ella. Para que se desarrolle sana y vigorosa requiere el atento concurso de la imaginación, el

pensamiento, el deseo. Hace falta mirar bien —afuera y adentro— nuestra realidad patente o latente, con un decidido e ilusionado afán de *contagiar* entusiasmo e ilusión. Contagio, a su vez, es otro derivado latino: *contingere*, vinculado a *tángere*, esto es: tañer (palpar o tocar levemente un instrumento), de donde vienen: tacto, contiguo, tangente, contacto. Es pulsar e insinuar con afecto y esperanza, sin buscar el reconocimiento; por eso, como enseña Lao Tse, el reconocimiento no puede quitársele al verdadero maestro.

Marías, maestro insobornable, sabe que su obra está sometida al azar, destino y carácter que configuran las vidas de sus lectores. Por eso, aspirante y realizador de modestos proyectos, ha podido escribir: “Y así va tejiendo el tapiz que podrá ser el telón de fondo de su vida civilizada, donde podrá ser dueño de sí mismo y, si Dios lo ayuda, hacer algo que valga la pena y pueda quedar y servir a los demás”. Su imagen es interpretar con leve batuta una partitura múltiple y compleja. De este modo, aparece España en nuestras manos, la continuidad de un legado. Al hablar de libertad, los españoles de mi generación no deberíamos olvidar la figura de Adolfo Suárez, siquiera sea por gratitud y por decencia. Con esta mención a un político humano, liberal, limpio, grave, doliente, quiero concluir mi entrañable homenaje a su longevo amigo Julián Marías, maestro por los siglos de los siglos. No me atrevo a llamarme discípulo suyo, porque me parece pretencioso y nadie me ha dado título para ello. Discípulo viene de *discere*, aprender; en ese sentido, sí lo soy, porque siempre saco algo de su lectura y de su voz. No coincido con Marías en todas sus apreciaciones u opiniones. Déjenme, sin embargo, matizar unas líneas suyas. Así, cuando escribe que “el discípulo es el que reconoce al maestro, no al revés: nadie dice: ‘Tú eres mi discípulo’; es éste el que dice: ‘Tú eres mi maestro’”. Ahora bien, ¿hay alguien que no conozca un caso siquiera de autoridades que hayan

rechazado a supuestos, afectados e incómodos discípulos?

El propio don Julián ha dicho que a eso nos condenamos: “a ser de verdad y para siempre lo que hemos querido”, se trata de la apoteosis de la libertad. Julián Marías

—nombre de un personaje azoriniano— es irrepetible e insustituible, como tú, lector, y como yo. Pero la grandeza que encierra su obra intelectual y su estela es de excepcional envergadura y tiene capacidad para alumbrar un futuro más rico, libre y humano en sus esforzados lectores de buena fe. Reciba por ello el efusivo agradecimiento de este alumno amigo suyo.